

# UNA PINTORA A LA MESA

PERLA FUERTES  
21 MAR 2013 / 20 JUN 2013



HISPANO

## LA SOLEDAD COMO METÁFORA

Quien no sabe dibujar no puede ser pintor, y mucho menos realista. Aparentemente, el realismo no es el cuadro que te ve, sino el que tú ves. Pero si el veedor del cuadro realista no aprehende la plenitud sensorial del ensueño del texto, no sacrifica la percepción del cuadro por su semántica onírica, no hay eficacia receptora. Si el texto seduce y emociona en su interpretación intratextual al intertexto lector ya no estará sólo viendo un cuadro, sino una obra de arte.

Este es el caso de Perla fuertes. Si la artista realista se exige y nos muestra un dominio de la técnica, el espectador para quien ella pinta debe, no sólo descodificar el cuadro, sino recuperar su mundo imaginado. De ahí la dificultad de la operación plástica de Perla Fuertes, de la propuesta visual, contenida en el valor del color y del gesto poético determinado como propuesta de unos materiales equilibrados pero fundidos en su propio orden emocional, en un meta-realismo onírico maniobrado por lo mejor de la pintura: el espacio del alma, la selección ensoñadora de su lenguaje en los silencios, rostros y manos, pies y recogimiento, movimiento y escorzo, y el esfuerzo impulsado de sus soledades por escapar del cuadro, una soledad melancólica, poética. La soledad como metáfora pictórica. He ahí el sometimiento del color y de la línea a la interpretación de la realidad, a la dimensión artística de su retina y de la nuestra como significación de una sensualidad que somete al desdén y se alza como reflexión de su universo íntimo, de una verdad total insinuada que es lo que hace del cuadro una obra de arte.

En un realismo simbólico, sustentado por una diversidad de azules, otra multitud de colores, entre los que asoman refulgentes los amarillos y los blancos, nos conducen al cromatismo visivo de la paleta de Perla Fuertes hacia lo que ella llama "diálogos de silencio". Pero, súbitamente, la retina nos despliega y reclama, en el recurso figurativo e icónico de las imágenes del cuerpo humano, a la metáfora poética de su pincel, a la evocación de una soledad acompañada, la del consuelo a otro diálogo no "de" silencio, sino "del" silencio, que no es lo mismo. Y todo ello sin transgredir la esencialidad humana que conforma la percepción de la realidad, sino como estrategia personalísima de reflexión inundada en toda su obra por una poética pintada, a la manera del modelo ekfrástico sobrevenido de aquel *ut pictura poesis* horaciano.

¿Qué hay dentro de esa materialización de la imagen, de la belleza corporal de una extensión, aparentemente platónica pero sensualizada y liberada en la metamorfosis de una decodificación que vincula a Perla Fuertes con un modelo lector no sólo realista sino, a veces, con destellos de hiperrealismo sugerente, sobre todo en los cabellos femeninos? ¿Qué cobija nuestra pintora en su hipertexto realista, en el sistema visual, y qué vinculación referencial podemos obtener como receptores de la lectura de su obra, de los signos visuales? Para ello, validamos la fidelidad anatómica o la corrección de las articulaciones de estos textos plásticos, imprescindibles ya en su obra, y hasta quedamos sobresaltados en su intención operística porque es resultante de la dolencia de un tipo de melancolía, la magia de una poética pintada por la metáfora de una soledad del silencio de sus protagonistas, en una calma explícita o en una distensión especulativa de la propia tensión perceptiva.

Y fue por ello que, me sorprendió vívidamente su obra. Y así, fui mirando al interior de ella. Y me sobrecogió un grupo de amigas en silencio, mientras una de ellas acoge la tristeza del sufrimiento de otra, y me dolió el encogimiento de la ausencia inefable de una mujer sola, como me exaltaron unas piernas sin rostro o la espera de alguien, la huida, la atracción o el vacío de unas manos, los ojos que no ven porque están fuera del mundo... Oh, la luz, los cientos de amarillos encarnecidos (tan distintos pero de la misma tierra de aquellos amarillos planos de mi amigo Aurelio, de la misma biogeografía de su mismo pueblo, Alhama). Y quedé delante de una Venus cubierta y esposada entre flores, y en la espalda del mundo, y en la calma en la playa del semiárido murciano donde aún sobrevive una palmera. Todo ya era de ella, porque existe el pintor cuando, sin fecit, se le reconoce en el cuadro, por su acento, como se reconoce a un amigo por la voz.

Un día, Perla Fuertes, mirando uno de sus cuadros, me dijo: "Dejé ese cuadro terminado en mi casa, en un lugar de paso. Yo sabía que le faltaba algo, algo que yo quería decir. Una mañana lo supe. Unas pinceladas y, entonces, ya estaba terminado". Pensé que algo así le pasa a todos los pintores; pero que ella, siendo realista, y si el cuadro estaba terminado... Pero "quería decir algo". Y me dije que, tal vez, sería algo de aquella soledad humana como metáfora pictórica.

Pedro Guerrero Ruiz

(Catedrático de Universidad y Director del Seminario Internacional Literatura y Bellas Artes).

